

instruidos y muy piadosos llamados Hilario y Próspero, le manifestaron las objeciones que producian los pelagianos contra sus principios (1). Hilario, diferente del Santo Obispo de Arlés del mismo nombre y tiempo, conocia profundamente los negocios de la Galia y en especial de la Provenza, y conservaba con el grande Obispo de Hipona una correspondencia que sirve de encomio á su piedad é ingenio. Próspero, venerado por la Iglesia como Santo, vivia por aquel tiempo en Riez; y aunque simple lego, literato y poeta elegante, no estaba menos instruido en las ciencias eclesiásticas, ni tenia menos celo por la sana doctrina.

Escribieron los dos de comun acuerdo á San Agustín, esponiéndole las dificultades de los semipelagianos, para empeñarle á que destruyese hasta las últimas reliquias de los errores que entonces corrian. Decíanle que en Marsella y en otros lugares de las Galias, existian muchas personas, y aun grandes siervos de Dios, que atribuían al libre albedrío no solo la fe, sino también los primeros esfuerzos del hombre relativos á la salvacion: que fundaban la causa de la predestinacion en la prevision de nuestras buenas obras venideras: que aseguraban, respecto de los niños, que si unos recibian el bautismo y otros morian sin él, era á causa de las buenas ó malas obras que hubieran hecho viviendo, y que Dios conocia desde la eternidad por su presciencia. Consistia el error fundamental de estos pelagianos mitigados en la falsa persua-

(1) *August. Epist. 225. et 226.*

sion de que el principio de la salud eterna proviene del hombre; esto es, que con solo las fuerzas del libre albedrío se puede tener fe y ansiar los bienes eternos, y que por los primeros esfuerzos de la voluntad se logran las gracias interiores. La gracia propuesta á todo el mundo, decian como lo acreditan las cartas de Próspero é Hilario, debe comprenderse del mismo modo que la vocacion gratuita del bautismo y el llamamiento general hecho por el Evangelio.

15. A las objeciones propuestas contestó San Agustín en dos libros titulados hoy separadamente: *De la predestinacion de los Santos y del don de la perseverancia*, pero solo componen una misma obra, cuyo contesto corria antiguamente con el primero de estos dos títulos. Demostrar que no tan solo el aumento, sino tambien el principio de la fe es un don de Dios, es el intento de la primera parte; y que por esto la predestinacion no puede fundarse en nuestros méritos, ni proviene de nosotros de manera alguna. „La fe, dice, está en la voluntad del hombre; pero Dios es el que prepara esta voluntad. Podrian no tener su efecto las mayores gracias, pero la consiguen siempre infaliblemente. Sin ellas, y con gracias comunes es imposible vencer todas las dificultades, ni se triunfará de ellas en efecto; pero podremos orar siempre y obtener por medio de la oracion auxilios mas abundantes, que alienten y sostengan nuestra flaqueza. Inclina Dios á su gusto nuestra voluntad; porque dá, segun le agrada, las gracias, cuyo efecto es infalible.” Muestra el libro de la predestinacion de los Santos,

que Dios no nos ha elegido por haber antevisto que seríamos santos, ó que tendríamos fe; sino para que creyésemos y fuésemos santos: es decir, que los méritos naturales antevistos no son causa para que Dios conceda su gracia; sino que la destina como causa de los méritos sobrenaturales. Hace ver, para destruir á un mismo tiempo la predestinacion de los semipelagianos y la de los pelagianos rígidos, que aun el principio mismo de la fe nos viene de Dios.

El objeto del Santo en el libro de la perseverancia es demostrar, que esta virtud en el bien hasta el fin de la vida es un don de Dios. Obligaban á decir al doctor de la gracia los semipelagianos, que los que no habian recibido el don de la perseverancia no podian perseverar; como si la perseverancia final fuese alguna cosa que se recibiese desde el principio y que en lo sucesivo diese valor. Díceles el Santo por esto, que el don de la perseverancia no ha sido recibido hasta que se haya puesto fin á ella. Por la misma razon añade, que pedimos la perseverancia de que carecemos, y que podemos conseguirla orando, así como podemos privarnos de ella obstinándonos en el pecado. En el estado presente de la naturaleza corrompida, es imposible perseverar sin grandes ausilios y sin una providencia especial. Mas es cierto que podemos obtener lo uno y lo otro con nuestras oraciones, así como podemos hacernos indignos por nuestra culpa. El Santo prosigue: „aunque los que no perseveran puedan perseverar, y los que perseveran no perseverar, hay una conexion infalible entre la

predestinacion y la perseverancia; porque la predestinacion no es otra cosa que la presciencia y la preparacion de los beneficios de Dios. No son menos impenetrables los juicios de Dios en que de dos hombres buenos, por egemplo, el Todopoderoso conceda la perseverancia al uno y no la conceda al otro: igualmente en que de dos infieles llame al uno de modo que abraze la fe, y no llame al otro, ó no le llame de manera que se haga dócil.” Nótese que en el supuesto de San Agustin, existen infieles que no son llamados á lo menos inmediatamente á la fe; pero nada asegura de donde se pueda colegir que se les priva de todas las otras gracias.

El santo Doctor por lo demás se da traza de declarar, que en todo lo que ha dicho sobre la necesidad de la gracia, se trata principalmente del orden sobrenatural. Añade con una admirable modestia, que no deben seguirse sin distincion y análisis todas sus opiniones; y que demostrando por sus retractaciones que de ninguna manera se tenia por infalible en sus escritos, podria haberse engañado del mismo modo en los últimos sobre algunos artículos por respecto al modo de explicar el dogma, cuya fe no por eso es menos cierta. ¡Cuánto distaba de aquellos que prefieren mas bien creer que yerra toda la Iglesia docente, que pensar que San Agustin se haya engañado en efecto! Y en esto la Iglesia no hace menos justicia que ellos á la exactitud del doctor de la gracia. Mas los que se engañan son ellos en la manera de interpretarle.

16. El mas nombrado entre los solitarios de la Galia preocupados contra el santo Obispo de Hipona, era Juan Casiano. Fue educado en un monasterio de Belen, donde se hizo recomendable por sus talentos y por su afecto á San Juan Crisóstomo, que le ordenó Diácono. Durante el destierro de este santo Patriarca, fue diputado por el clero de Constantinopla al Papa Inocencio que le hizo Presbítero. Aprendió y puso en práctica por algun tiempo los egercicios de la vida perfecta entre los mas fervorosos solitarios de Egipto y de la Tebaida; pero le imbuyeron en el Oriente malas máximas, sin duda por el trato que tuvo con algunas personas piadosas seducidas por Celestio y Pelagio. Debemos hacer justicia á la multitud de Orientales muy opuestos, como se ha visto, á esta heregía; por mas que una preocupación temeraria que debe su raiz á los sectarios de los últimos siglos, haya querido hacer creer que la Iglesia de Oriente era Semipelagiana. Casiano erró en efecto sin obstinacion, y sin dejar de estar unido de corazon á la doctrina de la Iglesia; pues que no habian sido aun espresamente condenados aquellos restos engañosos de la mas sutil de las heregías á tiempo que él los defendia.

17. Ya fuese de la Galia, como los críticos modernos opinan, ó bien de la Tracia ó Scitia, escogió este sabio y fervoroso cenobita su retiro en las Galias despues de sus viages, y fijó su morada en Marsella en donde fundó dos monasterios, uno de hombres dedicado á San Pedro y San Víctor, y otro de

vírgenes consagrado á María Santísima. Enseñó en estos monasterios la disciplina de los cenobitas del Oriente, en quanto allí se podia practicar, y con un éxito tan feliz, que se dice tuvo bajo de su direccion hasta cinco mil monges. En muchas Iglesias de Provenza le veneran como Santo, principalmente en su monasterio de San Víctor de Marsella, donde se celebra su fiesta con octava el dia 23 de Julio.

18. Hizo un grande servicio á la Religion componiendo su obra celebrada de las Instituciones monásticas que divide en doce libros, de los cuales los cuatro primeros contienen las prácticas de las lauras de Egipto, Palestina y Mesopotamia: mas acomoda con sabiduría estas observancias extraordinarias al clima y al temperamento de los Occidentales; y aun se impuso como una regla el no contar las acciones de virtud que solo podian tenerse como otros tantos prodigios dignos de ser admirados; porque no tenia mas objeto que hacer imitables sus modelos. Simple, pero aseado y que nada tenga de singular en su forma ni en su color, quiere que sea el hábito de sus monges: por lo que es opinion general que los hábitos de los primeros religiosos no se diferenciaban de los vestidos del pueblo. Imitando á los solitarios del Egipto y de la Tebaida, donde el oficio divino y los piadosos egercicios eran siempre nobles y sencillos segun la regla recibida de un ángel, los de Marsella solo tenían en comun el oficio de la tarde, y el de la noche, esto es, vísperas y maitines, esceptuando el sábado y el domingo que se reunian para la comunión

á la hora de tercia. Cantábanse en visperas doce salmos, y otros tantos en maitines con dos lecciones, una del antiguo y otra del nuevo Testamento. No se decían los salmos á dos coros, sino que cantaba un solo monge y todos los demas escuchaban silenciosos. Todos hacían una oracion despues de cada salmo; y al fin de todo el oficio el Sacerdote, nos dice Casiano, recogiendo las oraciones de cada uno hacia en nombre de todos una oracion que aun llamamos colecta. Tenían los monges de la Palestina mas que los de Egipto los oficios de tercia, sesta y nona. La hora de prima era peculiar de los Occidentales que la habían instituido poco tiempo antes, para hacer que se levantasen mas temprano los hermanos y estorbar de este modo su inaccion hasta tercia. Por lo demás, concluidos los oficios, se egercitaban mucho en el trabajo; en lo que los monges de las Galias, segun Casiano, no igualaban á los Orientales; y esta es, dice, la principal causa de que los monasterios no sean en Occidente tan numerosos como en Oriente. Nos dice tambien que la costumbre de leer mientras la comida habia venido de Capadocia; sin duda de los monges de San Basilio.

Trata de los vicios capitales en los ocho últimos libros de las instituciones, en los que cuenta la tristeza, vicio en verdad de los mas funestos en el camino de la salvacion, y en particular en la soledad y en las sendas de la perfección. Con motivo de la pereza trata estensamente de la necesidad de la labor de manos. En el libro doce, despues de haberse espli-

cado muy católicamente muchas veces sobre la gracia, no deja de adoptar opiniones de todo punto pelagianas: lo que al parecer nos dice que este libro fue escrito antes que tuviese su autor una cabal noticia de la condenacion de Pelagio. Si se disimulan estos defectos, las instituciones de Casiano son una obra excelente, que contribuyó mucho á que renaciese la regularidad en los antiguos monasterios, y siempre ha suministrado juiciosas observaciones á los que profesan la vida cenobítica.

19. Quedó tan satisfecho de la piedad que respira esta obra de Casiano en casi todo su contenido San Castor, Obispo de Apt, que le rogó escribiese tambien sus piadosos coloquios con los solitarios de Egipto. Este santo Prelado natural de Nimes, acababa de fundar en su patria una comunidad de fervorosos religiosos, á los cuales sabia cuan útil les era esta especie de lectura: por lo que Casiano principió luego sus conferencias; pero por mas que se esforzó no pudo concluir las diez primeras hasta despues de la muerte del santo Obispo de Apt, lo que fue causa de que las dedicara á San Leoncio, Obispo de Frejus, hermano de San Castor, y á un Abad llamado Heladio, que tambien ascendió á Obispo. San Honorato, Abad de Lerins, y San Euquerio que se alistó bajo la direccion de Casiano, despues de haber renunciado á todas las ventajas que podia esperar de su distinguida cuna y mucho mas de su mérito, le instaron con los mas poderosos motivos á que las continuase.

20. Escribió, pues, á sus ruegos y les dedicó

siete nuevas conferencias, y mas adelante añadió otras siete. De este modo se compone esta obra de veinticuatro, que reunen sabiamente lo deleitable á lo útil; però se requiere grande precaucion para poderla leer sin recelo alguno. Está inficionada la décimatercia, que trata sobre la proteccion divina, de muchos errores semipelagianos que San Próspero hizo observar, y los refutó con fuerza despues de su publicacion. No solo mostró su oposicion con la doctrina de la Iglesia, sino que convenció al autor de haberse contradicho. Esta conferencia supone efectivamente, como principio, que los buenos pensamientos vienen de Dios, que inspira la buena voluntad: mas despues añade y repite en muchos lugares, que no debemos atribuir siempre á la gracia la buena voluntad, pues (afirma) proviene algunas veces de las fuerzas de la naturaleza. Hay tambien en la décimaséptima proposiciones erróneas, pero sobre otras materias. El autor afirma en ella y se esfuerza en probarlo con la Escritura, que la mentira es permitida en ciertas ocasiones, comparándola al eleboro, que es saludable quando se usa en un riesgo grande, pero es dañósimo si el riesgo no es verdadero, ó si solo es mediano.

21. Gobernaba San Honorato, á quien están dedicadas parte de estas conferencias, despues de largo tiempo con la mayor edificacion el monasterio que habia fundado en la isla de Lerins, en los confines de la Provenza (1). Era nacido en Toul en el seno

(1) *Serm. S. Hilar. apud S. Leon.*

de la grandeza y de la opulencia, y su padre concebía de él las mayores esperanzas; pero Honorato renunció á todas las vanidades del siglo, y para practicar mas seguramente su propósito, abandonó su patria y viajó por la Grecia, para instruirse con el egeemplo en los egercicios de la vida perfecta. Despues de haber muerto en Methona, ciudad del Peloponeso, su hermano Venancio que le habia seguido, se hizo á la vela para Italia, en donde no admitió los puestos mas distinguidos que le ofrecieron muchos grandes Obispos. Por último fijó su residencia en la Provenza en el territorio de Frejus, por la particular estimacion que tomó al santo Obispo Leoncio.

Parecióle muy propia para separarse de todo punto del mundo la isleta, á por mejor decir, la roca de Lerins. Fue inútil advertirle que era una guarida de serpientes muy venenosas: su fe se elevó sobre estos temores y no quedó confundida, pues aquellos horribles reptiles perdieron desde luego su veneno para con él y sus discípulos, y despues desaparecieron; y dentro de muy poco tiempo se vió en aquel desierto, mirado hasta entonces con horror y tenido por inhabitable, uno de los monasterios del mundo cristiano que tuvieron mas nombradía. La multitud y las eminentes cualidades de estos grandes siervos de Dios hicieron de él por muchos años el asilio y principal adorno de la Iglesia de Francia. No existe ya la regla de Lerins; mas nos consta que los monges habitaban en celdillas separadas, y unian la vida heremítica con la de los cenobitas.

22. El carácter del santo Abad de Lerins que de todas partes del Occidente le grangeaba discípulos, era una caridad dulce y afectuosa, tan afable y sensible que San Euquerio y San Hilario, dos de sus discípulos, no cesaban de decir que el semblante de la caridad era el de Honorato. Estas virtudes fueron la causa de que con tantas instancias le pidiese por su Obispo la ciudad de Arlés, despues de la muerte de Pátroclo; pero no lo fue sino dos años. A manera de una familia gobernó su Diócesis, y como lo había hecho con su monasterio, aplicándose sobre todo á desterrar el espíritu de partido y de desunion. Repartió en el poco tiempo que ocupó esta Silla inmensos tesoros, acumulados desde mucho tiempo en su Iglesia. Tan indispensable le pareció en un Obispo la obligacion de enseñar, que quiso cumplir con ella hasta la hora postrera, y no cesó de predicar mientras existió; pues subia al púlpito en la fiesta de Epifanía, esto es, ocho dias antes de su muerte acaecida el año 429. Es opinion que debemos la decretal del Papa San Celestino, dirigida á los Obispos de las provincias de Viena y Narbona, á su celo por la disciplina y á sus quejas sobre varios abusos que se introducian en la Galia Narbonense.

23. El Papa declama en esta epístola con vigor contra aquellos que negaban todavía la penitencia á algunos moribundos (1). Hé aquí las mismas palabras de este santo Pontífice, que conviene oponer á los principios de un rigorismo escesivo que solo puede

(1) *Cœlest. Epist. 2. tom. 2. Concil.*

inspirar la desesperacion. „Hemos sabido, dice, que se negaba la penitencia á algunos moribundos, sin atender á los clamores de los pecadores, que en las cercanías de la muerte piden este remedio para consuelo de su alma. No puedo menos de declarar altamente, que miro con horror una impiedad tan cruel que hace desesperar de la bondad divina, como si no pudiese esta socorrer al que recurre á ella en cualquier tiempo que sea, ni libértar al hombre que está en riesgo del peso de los pecados, bajo los cuales desea no gemir ya mas. Decidme: ¿qué es esto, sino añadir segunda muerte á la primera, y para colmo de inhumanidad matar para siempre á un alma rehusando darle la vida?“

24. Ahora bien, á vista del este modo de explicarse, ¿no es claro que aquel Pontífice no mira este reglamento como una práctica arbitraria y de poca importancia, y mucho menos que creyese, que el rigor contrario era el uso comun de la Iglesia? ¿y así mismo, que es un abuso muy reprehensible en cualquier caso que sea dejar morir sin los socorros de la Iglesia á los que los piden con las debidas disposiciones? Claro es, que se debe explicar por un testimonio tan espreso como este la obscuridad de otros pasages sobre la misma materia; advirtiendo con todo que las semillas del novacianismo que se esparcian en las Galias, podian haber contribuido al ardor con que se espresa aquí el celo de San Celestino. También condena la novedad que algunos Sacerdotes estrangeros introducian entre los eclesiásticos de

las Galias en la manera de vestirse. Sin duda eran estos extranjeros monges orientales, ó educados en el Oriente como Casiano, y que conservaban en el estado clerical el hábito monástico, es decir, el manto muy corto con el cíngulo. Este Papa dice: „¿para qué sirve un nuevo hábito en las Iglesias de la Galia? ¿y por qué quieren distinguirse de tantos santos Obispos? Si en algo debemos distinguirnos del gran número, debe de ser en las costumbres y en la ciencia y no en la manera de vestir.“

Algunos autores han inferido de este testo, que los eclesiásticos no llevaban aun vestido distinto del de los legos, á lo menos en cuanto á la forma; pero esta consecuencia parece mal deducida. El sentido de lo que dijo el santo Pontífice es precisamente, que los clérigos deben distinguirse de los seculares mas por las buenas cualidades del espíritu que por la apariencia exterior del vestir; pero no que los vestidos de unos y otros no debiesen distinguirse de manera alguna. Despues prescribe muchas sabias reglas con relacion á las órdenes sagradas; de las cuales la mayor parte aun se observan, como el no consagrar Obispos á los que no han pasado por los grados ordinarios del clericalato, y el no ordenar á un lego, á un bigamo, ó al esposo de una viuda.

La decretal de Celestino, por fin, presentándonos un nuevo ejemplo de los recursos á Roma, declara, que un cierto Daniel acusado por unas religiosas que habia dirigido en Oriente, y despues Obispo de la Galia cuando el Papa escribia al Obispo de Arlés que

se le enviase para ser juzgado sobre esta acusación; declara, pues, que Daniel quede separado del cuerpo episcopal hasta que acuda al tribunal apostólico, si está seguro del testimonio de su conciencia. Remite al propio tiempo á la decision de los Obispos de la provincia Vienense y Narbonense la causa del Obispo de Marsella, que habiendo acogido favorablemente al homicida de otro Obispo, parecia aprobar esta muerte. La fecha de esta decretal es de 25 de Julio de 428.

25. San Honorato viendo aproximarse su fin, creyó que no podia hacer cosa mejor que señalar por sucesor suyo á su discípulo Hilario, á quien hizo venir del monasterio de Lerins sin decirle la causa. Este tenia entonces unos veintiocho años; pero se habia consagrado á Dios con aquella grandeza de ánimo que decide por lo comun de la perseverancia no menos que de la superioridad de la virtud. San Honorato cuidó siempre de él despues de haberle ganado para Jesucristo. Era el discípulo del mismo pais que el maestro, esto es, de Toul, y de una cuna igualmente distinguida; pero su corazon estaba poseido de las vanidades del mundo cuando llegó á conocer á San Honorato, el que á fuerza de exhortaciones y de oraciones le separó del mundo, y los frutos de este primer sacrificio se perfeccionaron progresivamente en lo sucesivo. Pareció Hilario digno del Episcopado por el temor mismo que le infundia esta dignidad (1).

Apenas conoció el intento de su maestro, cuando

(1) *Vit. Hilar. cap. 1. et seq.*